

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA

Hasta el fin del dolor

HUBO UN TIEMPO en que vi a un segmento importante de la humanidad —en el cual me incluía— como fundido a los autos compactos. No concebía otra forma de locomoción que no fuera ésa, la de abordar un compacto, fuera en calidad de conductor o de pasajero. Se me hacía más importante tener ese coche que tener zapatos, porque quien quiera ir a la feria y tenga zapatos pero no coche, tendrá que hacer el viaje a pie, y en cambio, quien tenga coche aunque no zapatos, podrá ir a la feria sin necesidad de caminar como bestia.

Era, en parte, una tradición familiar, a más de haber un ambiente propicio, con todo y fantasía desarrollista, para que cada quien soñara con tener su coche algún día. Tal era una meta posible; no se veía mal que semejante sueño se extendiera entre los miembros de una todavía no diezmada clase media nacional.

Mi padre mantuvo por años una preferencia por los autos compactos, no últimos modelos, sino adquiridos en lotes de coches usados, que iba cambiando según las circunstancias salariales se lo permitían. A causa de inesperados brincos en sus ingresos, solía diferir la compra del deseado último modelo, pero, de alguna mágica manera, siempre estaba ahí afuera el compacto en turno, esperando a sus amorosos ocupantes familiares.

El caso más logrado de esta tradición familiar fue el de mi tío Doroteo. En una época añeja había decidido abandonar la gran ciudad. Presionado por ciertas condiciones atávicas, hubo de casar con mi tía Pachita, y se fue a radicar en un pueblo localizado en una zona cañera, donde instaló una farmacia —con la que le fue muy bien— y también se volvió prestamista —con lo que le fue mejor.

A partir de la autoridad moral que le daba ser propietario de farmacia, por su experiencia de vida y por el hecho de que su hijo mayor estudiaba medicina en la universidad, mi tío Doroteo llegó a ejercer él mismo como médico. La historia más contundente que recuerdo es cuando cosió la planta del pie a un campesino, que se la había rebanado al pisar un vidrio oculto en alguna milpa. Mi tío operó sin más anestesia que un aguardiente de la región, generosamente derramado en el pie y en la garganta de aquel hombre.

Mis padres cuentan que alguna vez les mostró varios barriles de los que se utilizan para transportar medicinas: estaban llenos de viejas monedas de plata.

Sin embargo, con todo y que tiene dinero, mi tío es un hombre sencillo. Su lujo principal es viajar a Europa o a Medio Oriente y visitar veinte países en un *tour* acelerado de quince días. Quien lo viera en condiciones normales, no imaginaría la escena narrada por mis padres —los toneles repletos de más doblones que la Nao de China—, porque mi tío viste ropa barata y fresca, si acaso guayaberas multicolores en los días de fiesta, adaptado su organismo a la húmeda y cálida zona cañera.

Mi tío Doroteo acostumbra comprar sólo compactos, aunque es sabido por todos en la familia que, si quisiera, podría comprar cualquier coche, importado, deportivo o familiar, la marca que sea. Y no, siempre anda en su compacto, último modelo, eso sí. Hubo una época en que recuperó sus costumbres mozas de cazador —en el traspatio de su casa llegó a tener un par de venados, como otros tienen perros o gatos— y, además del compacto, se compró un jeep, que tampoco hacía demasiado bulto.

Con el tiempo llegué a manejar auto propio y fue un compacto, resultado lógico de un estado de cosas que trascendía el uso familiar: habría que clasificarlo como espíritu de clase. Un factor que me ubicaba en esa moderación del que no anda a pie ni en camión ni a bordo de un auto de lujo, ningún coche exótico —mi compacto era manufactura de armadora nacional, aunque confieso que me habría gustado manejar un *fiat*, particularmente el modelo *topolino*, que cabe hasta en el cuarto de baño.

Mi padre había decidido comprarse un auto mediano —también

usado—; por consiguiente me legó, en calidad equivalente a la de plato de lentejas, mi primer coche, el histórico.

Yo era de los pocos que llegaban a la facultad y se iban de ella a bordo de un coche aparentemente propio. Mientras los demás tenían que esperar los desvencijados autobuses de las rutas urbanas, yo nada más me subía a mi coche y me retiraba de CU, normalmente llevando conmigo a los compinches más cercanos en mis afanes escolares, con lo que se demostraba que aun en los niveles más sencillos de la democracia universitaria, también hay clases sociales.

Muchos años después la conocí a ella. Que transformó mi vida. Que llegó a esbozar que era la mujer definitoria y yo el hombre decisivo. Y que se fue, porque ya no está a mi lado, y a quien yo habría empezado a olvidar si no fuese por el maldito asunto del coche.

Por ella hice tantas cosas, entregué todo y tanto, que el acto de amor abarcó la venta de mi viejo compacto y la compra de un deportivo, y a pesar de eso no tuve la capacidad premonitoria de percibir que tarde o temprano ella terminaría por irse y yo por quedarme solo.

Sin ella, aunque con coche. Y eso hacía más grave el peso de su ausencia.

No eran tanto las canciones que, como amantes que fuimos, habíamos compartido. Con dejar de oír las se resolvía el problema, y como a partir de la separación dejé de frecuentar los sitios donde unos meses antes éramos pareja asidua y habitual, el conflicto fue, en apariencia, menor, imperceptible... si no hubiese sido por el hecho de que a cada tantos kilómetros recorridos en el coche, recordaba que a bordo de ese mismo vehículo habíamos oído durante mucho tiempo —una eternidad, se entiende— *nuestras* canciones. Ahí ella me había dicho y cantado que me amaba y que seguiría haciéndolo hasta el fin del mundo, hasta el fin del dolor.

Podía deshacerme de los discos y de las cintas con tanta música, pero desprenderme del coche implicaba otro tipo de proceso, más complicado, en el que, por ejemplo, me veía impedido a simplemente tirarlo a la basura, como llegué a hacer con algún casete infame por la cauda de recuerdos que provocaba.

No era tan fácil, no iba a tirar a la basura o meter en lo más oculto de un cajón en el armario la diversa índole de recuerdos materiales de esa antigua y efímera relación —se entiende, había durado una eternidad cortita—, pero no había una manera sencilla de quitarse la visión del coche, de ese artefacto rodante y concreto de metal, hule y plástico combinados en una moderna línea, en cuyo interior habíamos pasado muchas horas, acompañándonos, amándonos.



No hicimos todos los viajes que una pareja puede planear en un tiempo de encuentros, pero, los que logramos en un breve lapso, fueron más que suficientes, como carga retrospectiva. Fueron en ese coche. Fueron con ella.

Alteró mis hábitos, transformó mi vida. Tanto, que el coche era algo así como un tercer hogar para mí, después de la oficina y de mi departamento. En la cajuela llevaba siempre una muda completa de ropa –con corbata incluida– porque hubo un tiempo en el que, al caer la noche, ignoraba en qué lugar íbamos a terminar durmiendo, si en mi casa, en la suya, o en el refugio dorado de algún hotel de paso de esos que incluyen *jacuzzi* en su lasciva oferta.

Ella era dueña de su propio auto, aunque siempre preferí, por razones obvias, que usáramos el mío. El juego era que yo debía seguir el papel reservado a la parte masculina de la relación, casi ser *el hombre de la casa*, así no hubiera una casa común de por medio. Ignoro si la aceptación a que la mayor parte de las veces nos transportáramos en mi coche, se debía a que ella buscaba preservar el suyo en mejores condiciones de uso.

A mí me gustaba más mi coche, sobre todo cuando salíamos a carretera y la palanca de velocidades era un auxilio indispensable para controlar las variaciones de potencia. Pocas sensaciones de plenitud absoluta hay en el universo como la posibilidad de cambiar de cuarta a tercera para adelantar una cuesta o para tomar con agilidad la salida en una curva cerrada. Ella compartía ese placer pidiendo algunas veces el trueque de papeles, esto es, quedar ella al mando del volante y dejarme la función de copiloto, un rato, pues no resistía demasiado que yo combinase mi actuación como consejero de manejo con la de hombre enamorado que podía pasarse las horas o los minutos viéndola, admirándola, grabándome su imagen.

Entonces adoptaba una más de las numerosas contradicciones de su raza, pues si era ella quien manejaba, podía ir a una gran velocidad y ni quién dijera nada; si era yo el que estaba a cargo de la nave, ella no cesaba de expresar las clásicas recomendaciones estilo bájale, vas demasiado rápido, te le cerraste muy feo a ese camión, te metes demasiado rápido a la fila cuando rebasas. (Concedo que, tal vez, ella manejaba mejor que yo).

Hubo para mucho, para todo. En esa época en que una pareja busca hacer el amor en lugares aparentemente raros como un elevador o el baño de una residencia, el coche era un sitio dispuesto para el intercambio de roces.

De vez en cuando, una discusión nocturna afuera de su casa, se suspendía plácidamente ante la repetición interminable de besos a bordo de la pasión, esquivando el sólido obstáculo del volante o la palanca de velocidades,



para, a pesar del riesgo de reventarse los riñones o sufrir calambres en los muslos, cercar los cuerpos, conseguir su entrechocar silencioso, la repetición —también— de la sobada historia de los vidrios empañados. Encontrábamos la destreza para, si no desnudarnos —y menos en las terribles épocas de ciudadano frío bajo cero—, sí hacer a un lado la ropa, bajarla lo suficiente por las piernas para permitir los contactos prohibidos, cometer faltas a la moral que propiciarían la venal recuperación económica de los guardias municipales en expedición punitiva —contrariedad que, por suerte, no llegó a sucedernos.

Ella tenía un sabor especial en los rincones de su cuerpo, estuviéramos en la peligrosa intimidad de algún estacionamiento o calle solitarios, o en la calma del lecho casi conyugal que de modo esporádico llegamos a compartir.

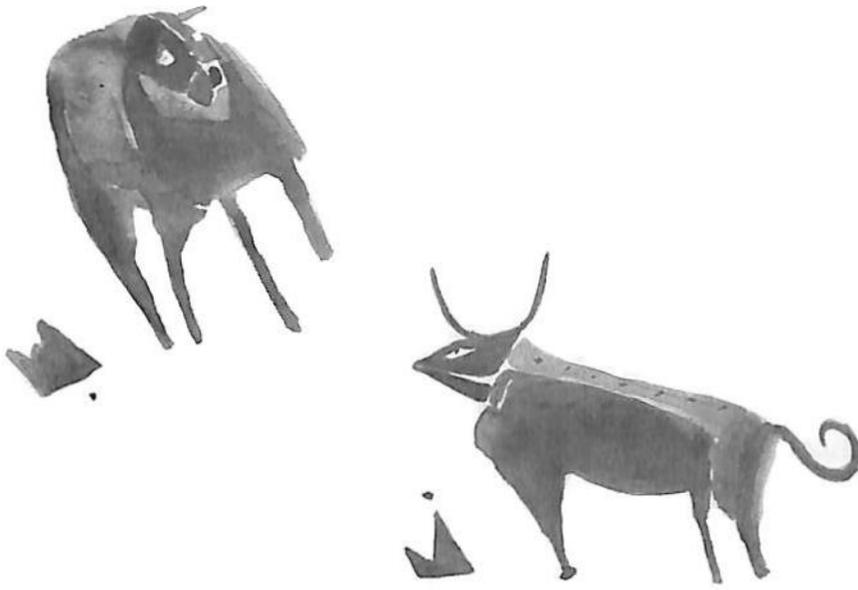
Sólo los adolescentes libres se atreven a eso. Claro, aquellos que cuenten con un coche disponible para transportar desesperación y deseo. Sin gozar de las ventajas del adolescente pero también sin padecer algunos de sus conflictos de identidad, yo tenía coche y estaba indefectiblemente enamorado. Perdido, con la voluntad extraviada. Lo sé, lo supe, impedido de explicar por qué, aparte de esa existencia doble, esto es, de ella y del coche.

He mandado por el caño las fotos y sus cartas, aquellas en que me certificaba un cariño eterno y un amor absoluto, aunque algo debió pasar porque dejó de firmarlas con su nombre y empezó a utilizar seudónimo, un nombre clave que sólo ella y yo conocíamos, como para disfrazar huellas —ahora pienso—, por lo que ya no quedaron muchas pruebas documentales de ese cariño feroz que confesaba por mí en ese tiempo.

Puedo buscar a nuevas mujeres o ahogarme, si es preciso, en barricas de licor, con tal de superar ese pasado. Llega a funcionar, en serio, con resultados variables según el clima, el estado de ánimo, la terapia ocupacional o la calidad de brebajes a mi alcance.

Sin embargo, he de reconocer la dificultad de olvidarla —por todo lo que fue y lo que será, quizás una sombra evanescente, un recuerdo que con el tiempo permanecerá como algo que acaso llegó a ocurrir, a lo mejor no—, si en las afueras, en la vía pública, sigue estacionándose ese auto deportivo a la espera de que suba yo a él con todo y mi carga de remembranzas, por esos meses de febril y agotador enamoramiento, de entrega, de sangre, sufrimiento y plenitud muy raros, más o menos.

Volví a dar esa serie de viajes fantásticos por la noche. Lo hice sin compañía, en solitario, rumiando una ausencia dolorosa.



Repetí ese largo recorrido para buscarle rosas rojas en una temporada imposible por el mal clima y los precios excesivos de las flores en panteones y mercados, y llevarlas a la puerta de su casa, un ramo carmesí a la espera de su salida, una manera de decirle te quiero, añejamente, sincera, galantemente, para enterarme después que, esa noche, ella no había estado ahí, sino de viaje.

No me he acercado ya a su casa, hube de mantenerme en la lejanía, sin ver siquiera las luces de su departamento, sin oír el ruido del refrigerador o la caída del agua en la cisterna. Sin atrapar la invocación amorosa para aproximarme a ella, la infantilada previa al contacto íntimo, su cercanía, mi necesidad de beber el aire de sus labios.

No hubo ya mucho más que un mero deambular por la noche, las noches, en esta despedida del cochecito, del veloz deportivo, el auto más rápido del mundo, el devora kilómetros en la carretera, el testimonio metálico de tanto cariño como dicen, decimos o digo que hubo entre ella y yo.

El coche se va. Han revisado la pintura, el lugar donde tuvo un golpe, la defensa reparada de algún leve desperfecto causado por un idiota en el estacionamiento de un supermercado. Revisaron los números de serie en el motor, que la verificación estuviese al día, que la factura tuviese aspecto de legal, endosadas las firmas de los dueños anteriores, yo incluido, porque he dejado de ser el propietario de ese coche, que se va a ir en unos minutos y al cual difícilmente volveré a encontrar por esas calles del Señor.

Buscaré, me esperará un auto compacto, el aguantador, el eterno que me ayudará también a olvidarla a ella, a la que recuerdo a veces, en la carretera, en cualquier lugar, despierto o dormido. LC